

## INTRODUCCIÓN

Para entender la corrupción del kirchnerismo había que investigar con mayor profundidad los años del menemismo a través del caso testigo de María Julia Alsogaray. Su carrera en la década de los 90 fue tan meteórica como escandalosa su caída en los albores del siglo XXI.

El sindicalista gastronómico Luis Barrionuevo –aquel ex ultramenemista de frases polémicas como “el país se arregla si dejamos de robar por dos años” y “la plata no se hace trabajando”– vaticinó que el ex secretario de Transporte Ricardo Jaime “se va a convertir en el María Julia de los Kirchner”.

Barrionuevo es un cínico con capacidad de esculpir frases que pasan a la historia. Fue él quien señaló que María Julia –la primera ex alta funcionaria condenada por enriquecimiento ilícito y a la que se le decomisaron bienes en la historia argentina– se puede convertir en el *espejo* en que algunos kirchneristas, empezando por Jaime, se tendrán que mirar. Ella incrementó sus bienes en un 12% en diez años y fue condenada por la Justicia, mientras que Cristina y Néstor Kirchner lo hicieron en un 158% en 2008 y consiguieron un polémico sobreseimiento. Pero el crecimiento meteórico de los bienes K en años venideros seguirá bajo la lupa de la Justicia.

El tema de los espejos está hoy más presente que nunca. El ex jefe de Gabinete de los Kirchner entre 2003 y 2008, Alberto

Fernández, dijo que “hay medios de comunicación que cuentan lo que pasa con el color del medio y *uno no debe enojarse con el espejo* cuando se levanta despeinado. Lo que está pasando es que el Gobierno se enoja con el espejo”. Los Kirchner se enojarán seguramente cuando se miren o la sociedad los mire en el espejo de María Julia.

¿Los hoteles de los Kirchner en El Calafate serán rematados como el petit hotel de la Recoleta de María Julia? Es una pregunta que aún no tiene una respuesta cierta, pero sí es verdad que a partir del decomiso de ese ícono inmobiliario del menemismo cada vez son más los jueces que se atreven a aplicar el código penal, y entienden que el remate de los bienes de un funcionario condenado por corrupción tiene igual o más efectividad que mandarlo a prisión.

La líder de la Coalición Cívica, Elisa Carrió, está convencida de ese escenario-espejo para el futuro de los Kirchner. Lilita afirma públicamente que la corrupción de María Julia es un “poroto” comparada con la del gobierno kirchnerista y que en este plano “Menem es igual a Kirchner”. Carrió sostiene que el ex presidente y diputado Néstor Kirchner “terminará preso después de 2011”, cuando su esposa deje el poder. Por eso lo denunció ante la Justicia como parte de una supuesta asociación ilícita.

Por esas vueltas de la vida, María Julia apodó a Carrió –que en la década de los 90 denunció la corrupción menemista y ahora embiste contra la kirchnerista como parte de su estrategia política– como “Casandra-Lilita”, en una alusión irónica a la adivina de la mitología griega que profetizaba la caída de Troya y nadie le creía.

Carrió sostiene que la era menemista fue de discrecionalidad de los funcionarios públicos y de empresarios que hacían negocios con el Estado a cualquier costo, y que esos parámetros son prácticamente los mismos en la época kirchnerista. En sintonía con Lilita, el alemán Peter Eigen, titular de Transparencia Internacional, suele decir que la corrupción “es como el tango, se

baila de a dos y muy juntitos, es decir, un empresario que paga sobornos y un funcionario que los recibe”.

En otras palabras, “la política es la continuidad de los negocios por otros medios”, como dice Alejandro Horowicz al referirse a la forma de hacer política en la Argentina luego de la caída del Muro de Berlín. Horowicz parafrasea al estratega alemán Carl Von Clausewitz (1780-1831), quien acuñó la célebre frase: “La guerra es la continuidad de la política por otros medios”.

De otra forma, ¿cómo hubiese podido aparecer en la primera década del siglo XXI un funcionario como Ricardo Jaime, que manejó discrecionalmente casi 200 millones de dólares por mes en subsidios al transporte público entre 2003 y 2009, y al que el juez federal Claudio Bonadío procesó por recibir dádivas (recibir regalos valiosos a cambio de una decisión) por haber aceptado que quince viajes suyos en taxis aéreos fueran pagados por los concesionarios de transporte a los que debía controlar, como el grupo Cirigliano. Paradójicamente, fue Menem el que dio en 1994 a TBA (del grupo Cirigliano) su primera concesión: la línea de trenes del ferrocarril Mitre. También el juez federal Norberto Oyarbide lo imputó en una investigación por supuesto enriquecimiento ilícito que incluye la supuesta compra, a través de un asesor, de un avión Lear Jet de casi 4 millones de dólares, entre otra media docena de causas judiciales.

En algo Barrionuevo tiene razón: el caso de María Julia se parece al de Jaime, es como la misma película pero con diferentes actores.

Del gobierno del presidente Carlos Menem (1989-1999) solo uno de sus ex funcionarios es conocido públicamente por su nombre de pila: María Julia, que funciona como una marca registrada. Ahora pasa lo mismo en los títulos de los diarios con el apellido Jaime, un nuevo actor.

Todos los argentinos sabemos que María Julia es la hija de Álvaro Alsogaray. Y asocian su nombre con la polémica privatización de ENTel, la empresa de teléfonos del Estado,

y con una escandalosa foto en la que apareció casi desnuda bajo un tapado de piel en el centro de esquí Las Leñas, entre otros hechos impúdicos grabados en la retina de los argentinos. Pero, fundamentalmente, se la relaciona con la corrupción del menemismo.

Los argentinos tenemos poca memoria social. Y pese a que María Julia fue condenada por la Justicia en 2004 por el delito de enriquecimiento ilícito, procesada en otras 8 causas e investigada en un total de 63 causas judiciales –un triste récord nacional– por irregularidades en la administración pública, todavía no hay una idea de la envergadura de las pérdidas que sufrió el Estado por su responsabilidad, la de otros funcionarios y la de empresarios que se enriquecieron con ellas. Aunque es cierto que, hasta ahora, es la única ex alta funcionaria que estuvo 638 días presa y que puede volver a quedar tras las rejas. En un país donde la impunidad para la corrupción es “casi absoluta” –como dijo Manuel Garrido al renunciar a la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas en 2009–, en este libro se denuncia la mayoría de los delitos de los que está acusada María Julia y se tratará de demostrar, a la vez, que es injusto que sea la única condenada y decomisada.

Su historia política es emblemática. Refleja el proceso de menemización de la mujer de clase alta argentina. Aquella que odiaba al peronismo pero que, después de que Menem le diera un giro de 180 grados a la doctrina económica estatista del partido fundado por Perón, lo terminaría votando. Que además toleraría que el presidente fuera un “transgresor” simpático que, por ejemplo, violaba la velocidad máxima permitida en la ruta 2 al manejar una Ferrari roja hasta Mar del Plata. De la misma forma que pasaba por encima del Congreso para manejar su gobierno con una catarata de decretos de necesidad y urgencia.

“Maryjúj”, como le decía Menem, representó también la farandulización de la política. Esa simbiosis que en la década de los 90 mezcló a los políticos con los famosos. Por esos años podía verse a los dirigentes lanzando propuestas de gobierno

desde el programa de televisión *A la cama con Moria*, de la famosa vedette de los senos gigantes. Mientras, el establishment económico nacional e internacional se enriquecía con las privatizaciones sin regulación previa de la mayoría de las empresas del Estado y frente a muchos jueces y fiscales que toleraban las irregularidades o abusos del poder menemista.

Es hora de tener datos comprobados para empezar a analizar la década de los 90 sin maniqueísmos. La derrota electoral de Menem de 2003 –cuando se negó a ir a la segunda vuelta contra Néstor Kirchner porque, según la mayoría de las encuestas, iba a perder por entre el 60 y el 70% de los votos– no terminó con la corrupción estructural de la Argentina, ni con la frivolidad de la política.

En lo personal, el libro cuenta cómo María Julia pasó de ser una recatada mujer de clase alta de polleras y “tobillos anchos”, a construir un personaje público que se mostraba *sex symbol*, soberbio, transgresor e inteligente para ganar un espacio político del cual todavía hoy no se puede desprender.

Sin satanizar a nadie, Menem tuvo un estilo de gobierno parecido al de una monarquía, lejos de su austero antecesor Raúl Alfonsín, impulsor de debates parlamentarios o largas tertulias de gabinete. Menem, que ganó la presidencia en dos elecciones democráticas y legítimas, estaba siempre rodeado por una corte de funcionarios, empresarios y aduladores que disfrutaron de una fiesta para pocos. El resultado fue el aumento de la concentración de la riqueza y el agigantamiento de la pobreza.

Salvando las diferencias históricas, se puede hacer una comparación con la antigua Roma. De hecho, María Julia era una ávida lectora sobre ese período histórico, y las novelas históricas *Los idus de marzo*, de Valeria Massimo Manfredi (que relata los quince días previos al asesinato de Julio César), y *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, eran de sus favoritas. Los negocios, las traiciones, las intrigas, los *affaires* amorosos y los odios que caracterizaron la Roma imperial tienen muchos puntos de contacto con el menemismo y con el kirchnerismo.

La novela histórica *Yo, Claudio*, del escritor británico Robert Graves, pintó mejor que nadie el clima de esa época romana. Lo hizo a través de una autobiografía novelada del emperador Claudio (quien gobernó desde 41 d.C. a 54), que no tenía las mismas características de la personalidad de María Julia. Livia, la intrigante esposa de Augusto que influía en el manejo del imperio romano, se acerca más al estilo de la ex funcionaria menemista.

En cierta forma, María Julia fue una especie de emperatriz. Algo de eso había, en 1991, en la cabeza de Menem cuando cometió aquel furcio histórico al decir que lamentaba darle solo una secretaria de Medio Ambiente porque “no puedo darle un imperio, quiero decir, un ministerio”.

Graves le hace decir a Claudio que luego de imponer el control militar de Roma sobre el Mediterráneo, tras la derrota de su enemigo histórico, la ciudad de Cártago, “vino la pereza, la deshonestidad, la codicia y la crueldad... entre otros vicios no romanos”.

Casi con las mismas palabras podríamos decir que luego de superada la hiperinflación del final del gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), con la estabilidad económica lograda en 1991, los sectores acomodados de la Argentina volvieron a viajar por el mundo sin pensar en el ahorro, la reinversión y la solidaridad social. También se compraron camionetas 4x4 todo terreno para lucir su estatus social en el asfalto de las ciudades y se dedicaron a hacer todo tipo de negociados con las empresas del Estado sin importar el bien público, en una curiosa novela grotesca que plantaba las raíces de la crisis de 2001 que provocaría la renuncia del presidente Fernando de la Rúa. Y María Julia fue la protagonista del acto fundamental en ese escenario precrisis.

Es cierto que este libro carece de un testimonio: María Julia se negó a dar una entrevista a este autor. Solicitar ese reportaje apuntaba a cumplir con el objetivo profesional de dar las dos campanas de la historia y publicar su descargo. Sin embargo, descubrí a lo largo de mi investigación que su testimonio no

era imprescindible: María Julia durante sus años de poder e impunidad contó casi toda su vida pública y privada a la prensa. Además, allegados a la ex funcionaria sí respondieron *off the record* preguntas para este libro.

En forma pública, la ex funcionaria defendió la privatización de ENTel, de la siderúrgica Somisa y su gestión al frente de la Secretaría de Medio Ambiente, entre fallidos operativos contra incendios forestales y promesas incumplidas de limpiar el Riachuelo en mil días. Todo con su clásica soberbia, inteligencia y altanería. Su voz en esos años era como la voz omnisciente de Claudio en la novela histórica. Este libro se podría haber titulado: “Yo, María Julia”, pero hoy se convirtió en un espejo en que el kirchnerismo se tendrá que mirar a partir de 2011.

—DANIEL SANTORO, mayo de 2010



MAREA  
EDITORIAL